

# Homilias del Domingo Quinto de Cuaresma

## + Lectura del santo Evangelio según San Juan

*En aquel tiempo, las hermanas de Lázaro le mandaron recado a Jesús diciendo: "Señor, tu amigo está enfermo". Jesús, al oírlo, dijo: "Esta enfermedad no acabará en la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella". Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo se quedó todavía dos días donde estaba. Sólo entonces dijo a sus discípulos: "Vamos otra vez a Judea".*

*Cuando llegó Jesús, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado.*

*Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedó en casa. Y dijo Marta a Jesús: "Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá". Jesús le dijo: "Tu hermano resucitará". Marta respondió: "Sé que resucitará en la resurrección del último día". Jesús le dijo: Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?" Ella le contestó: "Sí, Señor: yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios; el que tenía que venir al mundo"*

*Jesús, muy conmovido, preguntó: "¿Dónde lo habéis enterrado?". Le contestaron: "Señor, ven a verlo" Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban: "¡Cómo lo quería!" Pero algunos dijeron: "Y uno que le ha abierto los ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que muriera éste?" Jesús, sollozando de nuevo, llegó a la tumba.*

*Dijo Jesús: "Quitad la losa" Marta, la hermana del muerto, le dijo: "Señor, ya huele mal porque lleva cuatro días" Jesús le replicó: "¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?" Entonces quitaron la losa, Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: "Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado".*

*Y dicho esto, gritó con voz potente: "Lázaro, ven afuera" El muerto salió, los pies y las manos atadas con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: "Desatadlo y dejadlo andar". Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él.*

**Palabra del Señor**

## Homilias

(A)

### *La amenaza de la muerte*

Querámoslo o no, el temor a la muerte arruina nuestra alegría de vivir. Y es que en el interior de toda felicidad humana, se oculta una especie de “insatisfacción subterránea” que todo ser humano lúcido puede percibir, ya que no es posible, en último término, escamotear la fugacidad del momento feliz y desterrar la amenaza de la muerte. Todos vivimos cercados por la muerte esa “omnipotente aguafiestas” que nos estropea la seguridad de nuestro vivir diario. Por muchos que sean los logros de la humanidad, la vida sigue dominada por la muerte y sigue, por eso mismo, amenazada por lo irreal, por el vacío y por la nada.

En nuestra sociedad nadie sabe cómo tratar a la muerte. Pensamos que es mejor olvidarla. No hablar de ella. Porque es arriesgado tratar de penetrar en su enigma. Preferimos hablar de las consecuencias que una muerte trae consigo para los que seguimos viviendo. No nos atrevemos a plantearnos de frente la pregunta más “lógica” y elemental: la muerte ¿es o no es el final de todo? Porque si es el final de todo, la muerte reviste el carácter de una poderosa y terrible mutilación de nuestra existencia. Pero si no es el fin, entonces nuestra muerte y, por tanto, también nuestra vida, adquiere una dimensión extraordinariamente nueva, de infinitos horizontes.

La confrontación serena con esa muerte que tarde o temprano todos tendremos que afrontar, nos coloca delante del todo o de la nada, del sentido o del sinsentido último de nuestra existencia: Dios o el vacío infinito. En el fondo, a pesar de este estremecimiento, también el hombre del siglo XXI sigue planteándose la eterna cuestión que el ser humano desde que es humano lleva en su corazón: “¿Qué hay después de la muerte? ¿Qué va a ser de todos y de cada uno de nosotros?” Todos los vivientes mueren, pero sólo el hombre sabe que debe morir. Ahí está su grandeza y también su problema. Porque “el problema no es que el hombre en abstracto tenga que morir, sino que yo me voy a morir, que tú te vas a morir”. Esa es la cuestión.

Cuando los cristianos hablamos de “resurrección” no pretendemos saberlo todo ni comprenderlo todo. No nos dedicamos tampoco a especular con nuestra imaginación. Porque sabemos muy bien que “el más allá” escapa a los esfuerzos que puede hacer la mente humana. La actitud básica de quien cree en la resurrección de Cristo es una actitud de confianza en un Dios

Padre que nos mira con amor. No estamos solos ante la muerte. Hay un Dios que no defraudará los anhelos y esperanzas que habitan al ser humano. En el interior mismo de la muerte nos espera el amor infinito de Dios Padre. A lo largo de la historia, los seres humanos han formulado de muchas maneras su anhelo de vida más allá de la muerte. Nosotros los creyentes encontramos en Cristo resucitado el camino más humano, realista y esperanzado para adentrarnos en el misterio de la muerte. Lo expresa san Pablo cuando dice que: *“No ponemos nuestra confianza en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos.”* Y es que no se puede encontrar el sentido de la vida si no está incluido en él, el sentido de la muerte. Y en Cristo Resucitado los creyentes encontramos ambos sentidos.

Acabamos de escuchar en el Evangelio que Jesús es “la resurrección y la vida”. Poco a poco, los creyentes vamos descubriendo en las palabras de Jesús no sólo una promesa que abre nuestra existencia a una esperanza de vida eterna; al mismo tiempo los creyentes vamos comprobando que ya desde ahora Jesucristo es alguien que resucita lo que en nosotros estaba muerto, y nos despierta a una vida nueva. La fe en la resurrección, cuando crece de verdad en nuestros corazones es origen de aire fresco que ensancha los corazones, y es siempre fuente de libertad.

La fe en la resurrección puede y debe darnos a los creyentes la capacidad para vivir sin reservas, y luchar de manera incondicional por un hombre nuevo y liberado. Porque “el que cree que Jesucristo en la resurrección y la vida, aunque muera, vivirá”. Hoy la pregunta nos la formula el mismo Jesús cuando nos dice:

***“Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá... ¿Crees tú esto?”***

¿Qué respondes? ¿Nos lo planteamos en un momento de silencio?

**(B)**

**¡EN LOS SEPULCROS HAY VIDA!**

El adiós definitivo a un ser muy querido nos hunde inevitablemente en el dolor, la impotencia y la falta de sentido. Es como si la vida entera quedara destruida. No hay palabras ni argumentos que nos puedan consolar. ¿En qué se puede esperar?

El relato de Juan no tiene sólo como objetivo narrar la resurrección de Lázaro, sino, sobre todo, despertar la fe, no para que creamos en la resurrección como un hecho lejano que ocurrirá al fin del mundo, sino para que «veamos» desde ahora que Dios está infundiendo vida a los que nosotros hemos enterrado.

Jesús llega «sollozando» hasta el sepulcro de su amigo Lázaro. El evangelista dice que «está cubierto con una losa». Esa losa nos cierra el paso. No sabemos nada de nuestros amigos muertos. Una losa separa el mundo de los vivos y de los muertos. Sólo nos queda esperar el día final para ver si sucede algo.

Esta es la fe judía de Marta: «Sé que mi hermano resucitará en la resurrección del último día». A Jesús no le basta. «Quitad la losa». Vamos a ver qué es lo que sucede con el que habéis enterrado. Marta pide a Jesús que sea realista. El muerto ha empezado a descomponerse y «huele mal». Jesús le responde: «Si crees, verás la gloria de Dios». Si en Marta se despierta la fe, podrá «ver» que Dios está dando vida a su hermano.

«Quitad la losa» y Jesús «levanta los ojos a lo alto» invitando a todos a elevar la mirada hasta Dios antes de penetrar con fe en el misterio de la muerte. Ha dejado de sollozar. «Da gracias» al Padre porque «siempre lo escucha». Lo que quiere es que los que lo rodean «crean» que es el Enviado por el Padre para introducir en el mundo una nueva esperanza.

Luego «grita con voz potente: Lázaro, sal fuera». Quiere que salga para mostrar a todos que está vivo. La escena es impactante. Lázaro tiene «los pies y las manos atados con vendas» y «la cara envuelta en un sudario». Lleva los signos y ataduras de la muerte. Sin embargo, «el muerto sale» por sí mismo. ¡Está vivo!

Esta es la fe de quienes creemos en Jesús: los que nosotros enterramos y abandonamos en la muerte viven. Dios no los ha abandonado. Apartemos la losa con fe. ¡Nuestros muertos están vivos!

**(C)**

CREER PARA TENER VIDA

Una de las ideas más insidiosas que se han extendido en la sociedad moderna en torno a la religión es la sospecha de que hay que eliminar a Dios para poder salvar la dignidad y felicidad de los hombres.

De hecho, son bastantes los que poco a poco van abandonando su «mundo de creencias y prácticas» porque piensan que es un estorbo que les impide vivir. No entienden que Cristo pueda decir que ha venido, no para que los hombres perezcan», sino para que «tengan vida definitiva».

La religión que ellos conocen no les ayuda a vivir. Hace tiempo que no pueden experimentar a Cristo como fuente de vida, y se sorprenden al saber que hay hombres y mujeres que creen en él precisamente porque desean vivir de manera más plena.

Y, sin embargo, es así. El verdadero creyente es una persona que no se contenta con vivir de cualquier manera. Desea dar un sentido acertado a su vida. Responder a esas preguntas que nacen dentro de nosotros: ¿De dónde le puede llegar a mi vida un sentido más pleno? ¿Como puedo ser yo más humano? ¿En qué dirección he de buscar?

Si hay tantas personas que hoy, no solo no abandonan la fe, sino que se preocupan más que nunca de cuidarla y purificarla, es porque sienten que Cristo les ayuda a enfrentarse a la vida de un modo más sano y positivo.

No quieren vivir a medias. No se contentan con «ir tirando». Tampoco les satisface "ser un vividor". Lo que buscan desde Cristo es estar en la vida de una manera más convincente, humana y gratificante.

Lo lamentable no es que algunas personas se desprendan de una «religión muerta» que no les ayuda en modo alguno a vivir. Eso es bueno y purificador. Lo triste es que no lleguen a descubrir una «manera nueva de creer» que daría un contenido totalmente diferente a su fe.

Para esto, lo primero es entender la fe de otra manera. Intuir que ser cristiano es, antes que nada, buscar con Cristo y desde Cristo cuál es la manera más acertada de vivir. Como ha dicho J. Cardonnel, «ser cristiano es tener la audacia de ser hombre hasta el final».

Alentado por el mismo Espíritu de Cristo, el cristiano va descubriendo nuevas posibilidades a su vida y va aprendiendo maneras nuevas y más humanas de amar, de disfrutar, de trabajar, de sufrir, de confiar en Dios.

Entonces la religión va apareciendo a sus ojos como algo que antes no sospechaba: la fuerza más estimulante y poderosa para vivir de manera plena. Ahora se da cuenta de que abandonar la fe en Cristo no sería solo «perder algo», sino «sentirse perdido» en medio de un mundo que no tendría ya un futuro y una esperanza definitivos.

Poco a poco, el creyente va descubriendo que esas palabras de Jesús «Yo soy la resurrección y la vida» no son sólo una promesa que abre nuestra existencia a una esperanza de vida eterna; al mismo tiempo va comprobando que, ya desde ahora, Jesucristo es alguien que resucita lo que en nosotros estaba muerto, y nos despierta a una vida nueva.

El último evangelio, atribuido por la tradición a Juan, es un escrito que va a iluminar la vida de Jesús con una profundidad teológica nunca antes desarrollada por ningún evangelista.

Jesús no es solo el gran Profeta de Dios. Es «la Palabra de Dios hecha carne», hecha vida humana; Jesús es Dios hablándonos desde la vida concreta de este hombre.

Más aún, en la resurrección, Dios se ha manifestado tan identificado con Jesús que el evangelista se atreve a poner en su boca estas misteriosas palabras: «El Padre y yo somos uno», «el Padre está en mí y yo en el Padre».

Por supuesto, Dios sigue siendo un misterio. Nadie lo ha visto, pero Jesús, que es su Hijo y viene del seno del Padre, «nos lo ha dado a conocer». Por eso Juan va narrando los «signos» que Jesús hace revelando la gloria que se encierra en él, como Hijo de Dios enviado por el Padre para salvar al mundo.

Si cura a un ciego es para manifestar: «Yo soy la luz del mundo. El que me siga no caminará a oscuras, sino que tendrá la luz de la vida».

Si resucita a Lázaro es para proclamar: «Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá».

A la luz de la resurrección, el evangelista revela que el objetivo supremo de Jesús es dar vida: «Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia».

Es lo único que Dios quiere para sus hijos e hijas. «Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Dios no envió a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para salvarlo» .

A la luz de la resurrección todo cobra una profundidad grandiosa que no podían sospechar cuando le seguían por Galilea.

Aquel Jesús al que han visto curar, acoger, perdonar, abrazar y bendecir es el gran regalo que Dios ha hecho al mundo para que todos encuentren en él la salvación.

## (D)

### *El veneno de la serpiente*

Una serpiente mordió a un muchacho y murió. El veneno le quitó la vida y sus apenados padres llevaron su cuerpo al sacerdote y lo colocaron delante de él.

Los tres sentados alrededor de su cuerpo lloraron durante largo rato.

El padre se levantó, se inclinó sobre su hijo y con sus manos extendidas sobre los pies del niño dijo: durante toda mi vida no he trabajado por mi familia como era ni deber. Y el veneno abandonó los pies del muchacho.

La madre se levantó después y extendiendo sus manos sobre el corazón de su hijo dijo: durante toda mi vida no he amado a mi familia como era mi deber. Y el veneno abandonó el corazón del muchacho.

Finalmente se levantó el sacerdote y extendiendo sus manos sobre la cabeza del niño dijo: durante toda mi vida no he creído en las palabras que he predicado. Y el veneno abandonó la cabeza del muchacho.

El muchacho se levantó, los padres y el sacerdote se levantaron y hubo gran alegría en el pueblo aquel día.

El veneno en este cuento es símbolo del pecado. Reconocer y llorar nuestro pecado es arrojar el veneno y recuperar la vida.

El domingo pasado preguntábamos: ¿acaso no hay ningún ciego entre nosotros?

Hoy preguntamos: ¿acaso no hay ningún muerto entre nosotros? La muerte que produce el pecado es tan verdadera como la que certifican los médicos. Por eso nosotros necesitamos acudir a la cita con el Señor de la vida, con Jesucristo.

Hoy, en los hospitales, los corazones son transplantados y arreglados como si de un carro se tratara. Y hay personas que han vivido la experiencia de la muerte física, que han pisado el umbral de la muerte y han vuelto a la vida.

Life after the miracle. La vida después del milagro. Estas personas ya no ven ni viven la vida como antes. Ahora saben distinguir entre lo importante y lo secundario, lo que vale y lo que no vale. Lo que es bueno y lo que es veneno.

Nosotros los bautizados estamos llamados a ver con la luz de Cristo.

Nosotros los bautizados hemos muerto con Cristo y tenemos su vida. En Cristo no hay ni pecado ni muerte.

Nosotros, los bautizados, hemos bebido el agua de la vida, hemos recibido la luz de Cristo y hemos nacido a la vida del Espíritu.

Somos los hijos de Dios, sellados con el sello del Espíritu para el día de la resurrección.

Nosotros vivimos también la vida después del milagro, después del bautismo.

San Juan, en su evangelio, no nos quiere enseñar lo que dijo Jesús. Juan nos quiere enseñar quién es Jesús.

Jesús es el agua viva.

Jesús es la luz del mundo.

Jesús es la resurrección y la vida, el que cree en mí aunque muera, vivirá y el que viva y crea en mí no morirá para siempre.

Jesús es el amigo de Lázaro, de Marta y de María.

Jesús es el amigo que llora la muerte de su amigo.

Dicen que no se descansa en una silla sino en el amigo.

El domingo es el día del amigo. Venimos a descansar en él, a traerle el peso de nuestra vida: una oración por nuestros seres queridos, un problema que nos ahoga, un hijo que nos preocupa, una enfermedad que nos mata, un trabajo que nos esclaviza, un vicio que nos domina, un matrimonio que no funciona, una fe que se apaga...



Y Jesús llora por Lázaro y llora también contigo. Y extiende sus manos sobre tus pies, tu corazón y tu cabeza y te quita el veneno del pecado. El profeta Ezequiel decía en la primera lectura "Yo abriré vuestras tumbas y os sacaré de ellas y os llevaré a la tierra de Israel". Jesús ante la tumba de su amigo Lázaro gritó: "Sal fuera, Lázaro". Hermanos, el Señor nos dice hoy: "Yo soy la resurrección y la vida". En la víspera de su muerte, Jesús proclama el evangelio de la vida y se define como Señor de la vida. Y a ti te dice hoy: sal fuera del sepulcro de la rutina, de la desesperación, de la tristeza, del miedo, de la violencia, de la soledad... Sal fuera. Yo he venido para desatarte de tus ataduras de la muerte y del pecado. Yo he venido para que tengas vida en abundancia hoy, mañana y siempre. Yo he venido para sacarte de la tumba del sida, de la tumba del vicio y colocarte en el país de la vida. Sal fuera. Sin miedos, sé testigo de la vida en medio de tus hermanos. Si todos nosotros saliéramos de nuestras tumbas, de nuestro aislamiento, de nuestra indiferencia y camináramos juntos en el Señor, seríamos una gran luz y una fuente de vida para nuestro barrio. Sal fuera. Vive una vida de resucitado. Termina el evangelio diciendo que muchos judíos que habían visto lo que Jesús hizo creyeron en él. Estos son los creyentes después del milagro. Pero hay creyentes que no necesitan milagros porque les basta la palabra del amigo y su fe hace milagros. Esos creyentes tenemos que ser nosotros. Nosotros los signos de Dios en un mundo sin Dios.

(E)

## JESÚS LLORÓ

Antes de salir de la habitación, un paciente le preguntó al médico: "Doctor, tengo miedo a morir. Dígame lo que hay al otro lado". El médico le dijo que no lo sabía. Usted, un hombre cristiano, ¿no sabe lo que hay al otro lado? El médico tenía el pomo de la puerta en la mano, del otro lado de la puerta venía el sonido de los gemidos y patadas de un perro. Cuando abrió la puerta de un salto se plantó en medio de la habitación dando brincos de alegría al ver al doctor.

Éste se dirigió al paciente y le dijo: ¿Ha observado a mi perro? Nunca ha estado en esta habitación. Lo único que sabía era que su dueño estaba dentro y cuando la puerta se abrió entró sin miedo.

Yo no sé lo que hay al otro lado de la muerte, sí sé una cosa. Sé que mi dueño está ahí, al otro lado de la puerta, y eso me basta.

Cuentan que poco después de la revolución francesa, Reveillere Lépaux, testigo del saqueo de las iglesias y de la matanza de los sacerdotes pensó que había llegado la hora de ocupar el lugar de Cristo y fundar una nueva religión de acuerdo con el progreso y la modernidad.

Pasados unos meses, el invento no funcionaba, no tenía clientes, y acudió a Bonaparte y le manifestó su decepción.

Bonaparte le dijo: Ciudadano, ¿de verdad queréis hacer la competencia a Jesús?

Sólo tenéis una solución, tenéis que hacer lo que hizo él. Tienen que crucificaros un viernes y tenéis que resucitar el domingo.

Un hombre fue a ver al párroco para hablarle del funeral de su padre y le dijo: “Mi padre quería que le despidiéramos en la iglesia. Nosotros, sus hijos, somos agnósticos. Le pido, por favor, que nos ahorre todas sus piadosidades”.

El párroco eligió como evangelio el de la resurrección de Lázaro. Lo escucharon con emoción contenida.

Al terminar la misa, el hijo se acercó al cura con lágrimas en los ojos y le dijo simplemente: “Gracias”.

El relato de este evangelio nos introduce en el umbral del misterio y todos podemos abrirnos si queremos a esta misteriosa realidad.

Quinto domingo de Cuaresma, anticipación y preparación para el final del viaje de Jesús y el nuestro.

No sólo hay otra agua –la Samaritana-, y otra visión –el ciego de nacimiento-, hay otra vida.

“Amar a alguien es decirle, tú no morirás para siempre”, dice Gabriel Marcel.

Jesús, en el evangelio de Juan, comenzó su ministerio, su primer signo, con una boda en Caná y termina con un funeral, su séptimo signo, en Betania, donde vivían sus amigos, Marta, María y Lázaro.

Hay crisis en Betania. Lázaro ha muerto. Sus hermanas lloran su muerte y Jesús llora con ellas.

Hay crisis en nuestra vida cotidiana porque todos nosotros somos enfermos terminales y morimos y Jesús llora con nosotros.

Hay crisis en las familias, hijos enfermos, hijos alejados de la Iglesia, hijos que se niegan a creer y otros que creen. Y Jesús llora y nos visita.

Hay crisis en el mundo: desastres naturales, revoluciones, guerras, injusticias, hambre...egoísmos y avaricias que intoxican las relaciones humanas y Jesús llora por el mundo.

Hay crisis en la vida de Jesús. Su muerte en la cruz conmueve los cimientos de la tierra.

Jesús nos abre los ojos al misterio de la vida nueva, al poder de Dios, asumiendo nuestra condición humana en su totalidad, y llora porque ama, nos ama como a su amigo Lázaro.

Los judíos, como todos nosotros, acudieron aquel día a dar el pésame a Marta y María.

Sí, nos abrazamos, besamos, lloramos, pero no podemos hacer nada. No podemos despertar al amigo muerto.

Jesús también acudió a la casa de Marta y María. Jesús conversó con ellas, lloró porque amaba a Lázaro, pero su presencia fue verdaderamente consoladora y eficaz.

Jesús le dijo a Marta: "Tu hermano resucitará". Palabra eficaz. Promesa cumplida.

"Quitad la piedra". "Lázaro, sal fuera. Desatadlo y dejadlo andar", ordenó Jesús.

Jesús despertó al amigo y lo devolvió a la vida, símbolo de su resurrección, fecha que marca el final de la creación del hombre. A partir de ese día comienza la vida resucitada. Ahora sólo hay vida. Despojados de las vendas, de todo lo que nos mantiene atados, del traje de la muerte, volvemos nosotros también como Lázaros a la vida nueva.

La Iglesia, comunidad de los vestidos con el traje de la vida, de la gracia, tiene que ser lugar de liberación y de fiesta, no de mortificación y condena.

"El hombre no puede estar dispuesto a dar su vida como Jesús si no está convencido de que es indestructible.

Jesús hace al hombre verdaderamente libre cuando lo libera del miedo a la muerte".

En este tiempo catecumenal la tumba es la piscina bautismal.

Los catecúmenos se sumergirán en las aguas, morirán, y resucitarán, vestidos de blanco a la vida nueva, a la vida cristiana.

“La nueva vida no sería realmente nueva si no viniera del final total de la vieja vida”.

(F)

### **Tú eres la vida**

Estaba muerto y estoy vivo.  
Estaba aprisionado por la losa del sepulcro,  
y me has sacado afuera.  
Estaba vendado y me desataron.  
Dicen que ya olía a podrido.  
Vuelvo a oler a vida.  
Dicen que olía mal.  
Y vuelvo a oler a perfume de vida.

Señor no llegaste a tiempo para sanarme.  
Ni siquiera llegaste para mi entierro.  
Y has llegado a tiempo para resucitarme.  
No has llegado a tiempo cuando estaba enfermo.  
Y has llegado a tiempo ahora que estoy muerto.

Señor, que siempre llegas tarde.  
Y siempre llegas a tiempo.  
Siempre llegas tarde para nuestras prisas.  
Y siempre llegas a tiempo para tus esperas.

Que lleva ya cuatro días de muerto.  
Yo me olvidé cuando fue la última vez que estuve vivo.  
Que nadie se atreve abrir mi sepulcro.  
Y tú mandas rodar la piedra que me encierra.

Dicen que lloraste su muerte.  
Porque le amabas y querías.  
Era tu amigo.  
¿Cuántas lágrimas has derramado ya sobre mí?  
Porque sé que también me amas y me quieres.  
Porque sé que también eres mi amigo.  
Y me quieres aunque todavía esté muerto.  
Y me quieres para que también yo viva.

Eres mi amigo.  
Y me quieres para que también en mi vida muerta,  
"Se manifieste la gloria del Padre".  
Ordena que se suelten mis ataduras.  
Las tuyas quedaron como recuerdo en tu sepulcro.  
Ordena que recupere mi libertad.  
Tú la recuperaste al resucitar.  
Ordena que vuelva a andar.  
Hay muertos que huelen mal.  
Hasta que tú los llamas. Y los mandas salir afuera.  
Y mandes les den de comer.  
Y les mandas comiencen de nuevo a caminar.

Hoy quiero escuchar tu voz de amigo:  
"Hermano, sal afuera".  
Sal del sepulcro de tu muerte espiritual.  
Sal del sepulcro de muerte de tus resentimientos.  
Sal del sepulcro de muerte de tus odios y rencores.  
Sal del sepulcro de muerte de tu falta de esperanza.  
Sal del sepulcro y comienza a vivir de nuevo.  
Sal del sepulcro y comienza a andar otra vez.  
Porque "tú eres la vida".  
Eres la esperanza de todos los que estamos muertos.

La próxima semana tú serás el muerto.  
Y el que experimentarás la oscuridad del sepulcro.  
Pero entonces será tu Padre quien grite en tu tumba:  
"¡Hijo, resucita!".  
Y tu sepulcro volverá a quedar vacío.  
Y los tuyos desconcertados por tu ausencia.  
La ausencia llena de presencia.  
No. No serás el jardinero que te ha levantado del sepulcro.  
Serás tú mismo volviendo a llamarnos por nuestro nombre.  
Serás tú el que te aparecerás y de nos devuelvas la alegría  
De tu PASCUA.

## (G)

La Cuaresma termina con una invitación a la vida. Primero fue el agua, luego la luz y ahora la vida. No cualquier vida, sino la vida de verdad, la vida que ha vencido a la muerte. La historia de Lázaro es toda una catequesis sobre la fe, la muerte y la vida.

La muerte será siempre una historia de dolor y lágrimas. Ante ella todos sentimos nuestra impotencia. Queremos que el enfermo sane y viva. La ciencia médica hoy puede alargar unos años nuestra vida, pero al fin la muerte termina venciendo al enfermo y, también, a la medicina.

Con frecuencia, nuestra impotencia ante la muerte, termina en una cierta desilusión sobre Dios. Fue la historia de Marta y María, las hermanas de Lázaro. Jesús era amigo de la familia, pero no vino a sanarlo. La consiguiente desilusión de las hermanas y una desilusión que es también una queja: "Si hubieses estado aquí, no hubiera muerto mi hermano." Le culpan de la muerte del hermano, algo que también a nosotros nos suele suceder. Nos sentimos gente buena, le hemos orado y pedido. Y la muerte como que se ríe de nosotros y de nuestras oraciones. Entonces vienen nuestras quejas contra Dios: "Dios no me ha escuchado."

Jesús quiere abrirlas a la esperanza: "Lázaro resucitará." Pero ellas piensan en la resurrección al final de los tiempos y es cuando Jesús se presenta a sí mismo como la resurrección ya y ahora. "Yo soy la resurrección y la vida." "Para resucitar no hay que esperar tanto. Yo mismo soy la resurrección y yo mismo soy la vida." Pero ellas siguen pensando en el más allá.

Cuando Jesús se acerca al sepulcro, ellas mismas tratan de convencerle de que no hay nada que hacer. "Ya huele mal." Es decir, está ya en estado de corrupción. Por tanto, está bien muerto. "¿No te he dicho que si crees...?"

Jesús no hace los milagros para que creamos, exige fe para que el milagro sea posible. Es entonces que Jesús quiere hacerles ver la "gloria de Dios", es decir, la verdadera manifestación del poder de Dios. "¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?" Dios manifiesta su poder venciendo a la muerte, no sanando al enfermo, que también lo pueden hacer los médicos. Dios hace lo que nosotros no podemos hacer, vencer la muerte.

La muerte puede ser el fracaso humano, pero la muerte es el triunfo de Dios. Si Dios manifestó su gloria resucitando a Jesús, ahora la manifiesta resucitándonos a nosotros. Los fracasos humanos terminan siendo los triunfos divinos. Ahí está el fracaso de Jesús en la Cruz, pero ahí está luego el triunfo de Dios en la Resurrección.

## (H)

### EL GRITO DE DIOS

“Lázaro, sal afuera.” Lázaro, levántate. Lázaro, sal de ti mismo. Lázaro, sal de tu muerte porque te espera la vida. ¿No es éste el grito diario de Dios en nuestras vidas?

“Sal afuera.” No te encierres sobre ti mismo.

“Sal afuera.” Sal de todo lo que hay de muerte en tu vida.

Sal de tu egoísmo.

Sal de tu individualismo.

Sal de tu orgullo.

Sal de tu pereza e indiferencia.

Sal de tu insensibilidad al dolor de los demás.

Sal de la vulgaridad de tu vida a la elegancia de la santidad.

Todos somos portadores de un sepulcro que nos encierra, nos asfixia. Nos priva de nuestra libertad. Todos llevamos un sepulcro que nos impide ser libres. Cada uno carga con el suyo.

Y lo que Dios quiere es que seamos libres.

Que no vivamos esclavos de nada ni de nadie.

Ni siquiera nos quiere esclavos de sí mismo.

No quiere un amor obligado.

Quiere que le amemos libremente.

Hablamos mucho de libertad y terminamos esclavos incluso de la libertad.

Por eso de que somos libres, no aceptamos que nadie nos diga nada, que nadie nos imponga nada, que nadie nos diga lo que tenemos que hacer.

Nos sentimos libres de los demás, pero caemos en la esclavitud de nosotros mismos.

¿Quién se considera libre de sus instintos y pasiones?

¿Quién se cree libre de sus intereses?

¿Quién se cree libre incluso de su propia felicidad?  
¿Acaso no buscamos la propia felicidad al precio de la felicidad de los demás?  
¿Cuántas veces te has dicho a ti mismo: ¡No puedo!?  
No puedes, ¿y te consideras libre?  
Hoy Jesús nos grita a todos: “Sal fuera.” ¡Libérate! ¡Sé libre! ¡Vive tu libertad! ¡Rompe tus ataduras! ¡Camina en la libertad de los hijos de Dios que la Pascua está cerca!

## (I)

### VALORAR LA VIDA DE CADA DÍA

¿Verdad que nos sentiríamos felices si al morir, Dios nos sacase del sepulcro y nos devolviese a la vida como a Lázaro?  
¿Y no es un milagro el que cada día podamos amanecer con vida?  
¿Acaso el darnos la vida cada día es menos milagro que el darnosla solo cuando morimos?  
¿Acaso el amor de cada día es menos amor que el amor que nos regalan el día de nuestro cumpleaños? Pues yo creo que es más amor porque eso de amarnos cuando cumplimos años parece que ya es un rito establecido. En cambio, amarnos cada mañana es toda una novedad.

Cuando alguien que nos es querido muere, todos los lloramos y sentimos su vacío, pero mientras estaba con nosotros, ¿sentíamos el gozo de cada amanecer teniéndolo a nuestro lado?

¿Acaso el amor y la amistad de Jesús fue más grande el día que resucitó a Lázaro que cada vez que se quedaba en su casa y almorzaba y cenaba con toda su familia?

Aún no entiendo porqué las cosas extraordinarias tienen que ser más importantes que las ordinarias. A decir verdad, nadie vive con sólo la alegría de las grandes fiestas, que son pocas veces al año, más influye en nuestras vidas la alegría de cada día, la fiesta de cada día, la vida de cada día, el amor de cada día, la esperanza de cada día.

La vida más importante es la de cada día. La vida que nos hace vivir es la vida de cada día. La vida que nos hace crecer y madurar es la de cada día. Por eso la verdadera vida es hoy. Nadie vive de los regalos en



determinados días del año. Todos vivimos del “pan nuestro de cada día”. Por eso nuestro agradecimiento a Dios no debiera ser solo el día de nuestro cumpleaños, sino el agradecimiento por la vida de cada día. Cumplimos años una vez cada año, aunque la vida es de trescientos sesenta y cinco días al año.

(J)

## LLEGANDO AL FINAL DEL CAMINO

Los peregrinos de Santiago de Compostela cuando llegan cerca de Santiago y desde el Monte del Gozo pueden contemplar la silueta de las torres de la Catedral y parte de la ciudad, por eso le llaman el “Monte del Gozo”. Después de tan largas caminatas, por fin podían contemplar la meta.

El quinto domingo de Cuaresma es como una especie de Monte del Gozo desde el que podemos contemplar las primeras luces de la Pascua y de la vida. Todavía no es el final, pero se le ve. El quinto domingo no es el final del camino cuaresmal, pero desde él ya se vislumbran las sombras de la muerte y las luces del amanecer pascual.

Lo importante es preguntarnos si hemos llegado de verdad a este Monte del Gozo o, sencillamente, nos hemos quedado en el camino cansado, fatigados o, simplemente, indiferentes. ¿Ha sido la Pascua nuestra verdadera meta? ¿Ha sido la Pascua nuestro verdadero horizonte?

Es preciso mirar de dónde partíamos, de qué esclavitudes partíamos, y preguntarnos ahora de cuántas esclavitudes hemos salido. ¿Llegaremos a la Pascua tan esclavos como cuando partíamos el primer domingo? ¿Seguiremos todavía en el Egipto de nuestras esclavitudes y estaremos ya disfrutando del gozo de nuestra libertad? ¿Cuántas libertades tienes hoy que no tenías al comienzo? El próximo Domingo ya comienza la Gran Semana. ¿Será la semana de nuestra Pascua? Nadie puede andar el camino de nadie. Nadie puede hacerse libre por otro. Cada uno es autores de su propia historia. No es cuestión de que el calendario haya avanzado, es cuestión de que nosotros hayamos salido y estemos ya a punto de llegar.

**P. Juan Jáuregui Castelo**

